

traerán ustedes un cura para llevarse el cuerpo, y no se lo impido, ya que la pobre Adela clamaba por un cura antes de morir; pero yo por lo menos conservaré mi dignidad: teniendo ya este saco sobre las carnes, no me veré obligado á permanecer aquí para cuando entre la clerigalla.

Después de lo cual nos volvió la espalda, y nosotros, Magdalena y yo, nos fuimos, llevándonos el niño, al que ni siquiera había querido mirar.

De modo que Magdalena no aguardó á que hubiéramos atravesado el umbral para decirme:

—¡Ah! querido; puedes gloriarte de haber puesto mano en el asunto!..... ¡Qué hermosa conversion has hecho!.....



IV

LA RESERVA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

HRA esto un jueves, 5 de Julio, día de San Bonifacio, y ve ahí por qué el chiquito se llama Facio, abreviatura del gran inglés Winfredo, que llegó á ser el Arzobispo y apóstol Bonifacio, á quien debe el beneficio de la fé la mayor parte de Alemania.

Todo el camino adelante, mi buena Magdalena, libre ya del susto terrible que había tenido por unos momentos de ver á Pedro Blot, su pipa y su ajenjo, instalados en nuestra reducida casa, fué dándome muestras de su buen humor con irónicos plácemes sobre el resultado de mis predicaciones.

Su excelente corazón estaba sin embargo muy

impresionado por la muerte de Adela, que ella atribuía á Pedro, no sin razón, porque la verdad es que aquel desdichado no estaba enteramente libre de culpa.

¿Y piensas venir á traerle esa pócima, caballero?—me preguntó con aire malicioso.—Es pecado, ¿sabes? mucho pecado, y si lo haces, cuando te vayas á confesar no se te olvide añadir que no faltó quien de antemano te lo advirtiera.

Yo iba pensando, sí, mas no seguramente en la botella de veneno que había ofrecido á Pedro. Preguntábame si en mi ensayo de apostolado había quedado vencido tan completamente como se empeñaba en decir Magdalena. La angustia vehemente de veras que Pedro había experimentado en el momento de acercarse á la muerta, era para mí como una rehabilitación de aquella alma que, según todas las apariencias, no tenía nada que reprenderse á los ojos de la ley humana, ni quizá tampoco desde el punto de vista del honor (del que el obrero suele á menudo tener una noción muy severa), y que, sin embargo, había caído en abyección tan profunda. Porque es propio de ciertas teorías que reemplazan con la negación los principios de la moral eterna, el producir en la conciencia el mismo extrago y los mismos desórdenes que el crimen real y efectiva-

mente cometido: de suerte que un hombre honrado cualquiera, adoctrinado por tal cual charlatan de la fiera política, pudiera muy bien ser tan resueltamente enemigo de toda ley, de toda fé, de todo bien en una palabra, como el más desesperado de los criminales. Entre los resultados del baturrillo filosófico en que forcejea nuestra época, no concibo ninguno tan terrible como éste, ni tan lamentable.

Existen millones de franceses que no saben ya dónde está el mal y dónde está el bien, de tanto como se les ha cantado en todos los tonos «el mal es el bien» ó «el bien es el mal.»

Cada uno de estos infelices va en equilibrio, como el aro de un niño, abandonado á lo largo de una pendiente; de diez probabilidades hay cinco de que caigan hacia la izquierda y otras cinco de que caigan hacia la derecha. La mayor parte, gracias á Dios, llegan á lo último de la rampa sin haber matado ni robado; pero ¿por qué? Ni ellos lo saben.

Suele haber, es verdad, quien responda por ellos, diciendo que eso nace de un «sentimiento innato,» que llaman de este ó del otro modo, porque los que suprimen á Dios tienen que ser necesariamente muy vagos y muy varios en sus definiciones.

¿Crees tú en ese sentimiento destinado á reemplazar á la policía y á los tribunales?

Yo sí creo en él, porque yo creo en todo; hasta en otro sentimiento no menos innato y de índole diametralmente opuesta que explica la prodigiosa cantidad de suscritores que llegan á reunir esos monstruosos papeluchos, órganos oficiales del crimen, que parece que están redactados por esbirros y alcaides con la colaboración del verdugo.

Cada ocho ó quince días esos horribles papeluchos que se desayunan con el crimen, y con el crimen comen y con el crimen cenan, y á quien el crimen provee de gabán, de camisa y hasta de zapatos, y que morirían bien pronto de inanición si se les quitara el crimen de la boca, como mueren las moscas en los barrios donde una policía bien montada persigue la existencia de frutas y carnes podridas; cada semana, digo, ó cada quincena, esos periodicuchos, muy diestros, muy hipócritas y muy implacables en su mezquina especulación, derraman sus lagrimillas de cocodrilo sobre la multiplicidad, siempre creciente, de los crímenes. ¡Oh, Tartufas de á *perro chico!*

Así el célebre Vidocq, ladrón y policía á la vez, según se cuenta, trazaba con una mano planes de robo admirablemente combinados, y pescaba con la otra á sus camaradas, encargados de poner en ejecución sus mismos proyectos, aprovechándose él

también de los dos sentimientos innatos, uno de los cuales pagaba su experiencia de lobo viejo, y el otro sus méritos como mastín cuidadoso.

Por lo que hace á mí, lo que me maravilla no es la multiplicidad de los crímenes, sino al contrario, su escasez, habida consideración al gran número de personas establecidas que viven de ellos.

Los crímenes pululan, es verdad; estamos de ellos hartos, saturados, llenos hasta arriba. Hay tantos, que ya muchos majaderos, naturalmente golosos de crímenes, comienzan á encontrar que hay demasiados, y van teniendo miedo, sin perjuicio de seguir haciendo su manjar favorito de ese mechado espantoso servido por la redacción de su bodegoncillo mal impreso. Los periodicuchos antropófagos se ven obligados á redoblar sus lágrimas para impedir que *la venta* baje, sin perjuicio de salir sangrando y sangrando siempre para hacer que suba *la venta*.

¡LA VENTA! ¡Los cuartos! Mas ¿acaso no es también por eso mismo por lo que se multiplican y se acumulan los crímenes? ¡Los cuartos..... los cuartos!

¡Qué bonitos *negocios* hemos tenido este año! ¡Y qué lindos articulitos lacrimosos! La venta ha producido. ¡Buena temporada!

Pero lo repito; bien que sea ya terrible la fre-

cuencia con que se suceden los crímenes, ¿por que no hay muchos más todavía? No se sabe: todo se andará. Llorad de gozo, sanguinarios papeluchos de horrores, porque vuestra venta subirá y el crimen también: es inevitable. Vivís del crimen, como el crimen vive de vosotros; agarraos bien, estrechaos bien: la union constituye la fuerza.

Y no temais á los otros papeles, á los grandes, que cuestan tres suses. En balde os tirotearán desde sus artículos de siete columnas, llenos de palabrería tartufera; teneis en vuestro favor el descaro; en vuestro departamento se fuma, se comen los embutidos del crimen con los dedos, n maldita sila vergüenza, y se bebe vino tinto á la pata llana. ¡Adelantel! Vosotros sois la prensa, la verdadera prensa, el aroma supremo de esa flor en toda su lozanía. ¡Continuad bonitamente vuestro comercio; empapad vuestros pañuelos en lágrimas y sangre; estrangulad, apuñalad, degollad, envenenad, ahogad, que todo eso calienta y vigoriza. ¡Y apretad, apretad con la venta!

Y si los periódicos grandes os arguyen, decidles de mi parte: «¡Ah pedantes, mentecatos, hipócritas! ¿Sois vosotros los que habéis de detener el torrente de los crímenes? ¿Dónde teneis el arma? ¿Dónde está vuestro Dios? ¡Sofistas, que habéis matado la religion en el corazon de los hombres! Nosotros so-

mos la tienda del crimen, es verdad, pero compramos por mayor en vuestro establecimiento, es decir, en la fábrica.....»

Pedro Blot no había matado ni robado: hubiera yo puesto la mano en el fuego. El suicidio suyo y el asesinato involuntario de Adela no eran de esos crímenes que la ley castiga, ni siquiera de los que excitan la vulgar indignacion, por más que no haya otro crimen que Dios persiga con castigo más cierto.

Hablo principalmente del suicidio.

Mas ¿quién puede sondear el misterio del último instante en que es todavía posible el arrepentimiento?

El hecho, por otra parte, de que Pedro Blot hubiera sido un asesino ó un ladron, no hubiera modificado nada mi deber de cristiano para con el niño, para con la muerta, ni para con Pedro Blot mismo. Pero la verdad es que yo le encontraba un sabor muy pronunciado de no ser más que un miserable mártir del mal, odiosamente pervertido, es verdad, y capaz de todo según todas las probabilidades, mas sin haberse todavía aprovechado de las concesiones filosóficas para saltar la última valla que separa el áspero sendero de los pobres diablos del camino ancho y cómodo de los bribones.

Iba yo pensando en Pedro Blot con mucho inte-

rés camino de Nanterre. Preguntábame qué sería posible hacer por él, que no quería ser ayudado por el bien, por más que hasta entonces no hubiera sacado provecho ninguno del mal, y por más que el mal, bien al contrario, le hubiese lanzado á lo más profundo del abismo de la miseria.

Mi prestigio personal era nulo ó poco menos; pero el prestigio de Dios permanece inmenso, á despecho de los esfuerzos de Tartufa, calumniador de Dios; inmenso en las cosas grandes, inaudito en las pequeñas.

Pedro, á pesar de la asombrosa buena suerte de su resurreccion, quedaría inválido para mucho tiempo, según todas las apariencias. El vicio le tenía sujeto, y lo que es más grave, él tenía sujeto al vicio, convencido de que el vicio era su derecho, casi su deber y su honor de libre-maniquí.

Pedro era un «impregnado,» no solamente del ajenjo, sino del absurdo; sudaba envidia, descontento, rebeldía, impiedad, todo ese vitriolo que corroe las llagas de nuestros pobres heridos de la lucha social, sin cesar avivadas por los específicos de la farmacia de Tartufa.

Estas úlceras son terriblemente contagiosas, y Pedro Blot no era un camarada fácil de colocar «en confianza.» Tanto valdría recomendar la peste.

Así es que no encontraba yo nada á propósito para él, y seguía discurriendo en vano, cuando llegamos á Nanterre, á los primeros árboles de ese *boulevard* que señala, según dicen, la línea de las murallas romanas del viejo *Nannetodorum*, tales como estaban en tiempos de San Germán y de su gloriosa protegida Santa Genoveva, patrona de París.

Las campanas comenzaron á tocar en el momento en que llegábamos á la venerable iglesia del siglo XIII, que amenazaba ruina y que estaba ya condenada á esa especie de pena capital de los monumentos, que se llama reconstruccion. Magdalena me dijo:

—Hoy es jueves y hay exposicion del Santísimo. Tocan á la reserva.

—Tanto mejor—la repliqué;—así encontraremos de seguro con quien hablar.

No sé si he menester explicarte estas palabras. Ciertas parroquias de las afueras de París tienen una poblacion más dura de catequizar que los naturales de Cochinchina. Sin esperanza de que fuese posible bautizar solemnemente al futuro Facio, puesto que no teníamos documentos ni nada, quería yo al menos que le diesen agua de socorro, en atencion á la extremada urgencia del caso.

Por otro lado, había que hacer toda la serie de

informaciones necesarias por lo tocante á la muerte de Adela.

Eran las cuatro de la tarde. A no ser por la reserva, hubiéramos podido muy bien andar errantes hasta la noche, de la alcaldía cerrada á la sacristía desierta, sin adelantar un paso.

Pero el Santísimo Sacramento tenía reunidas en la antigua iglesia como una quincena de personas, y aquellas personas eran precisamente las que nos hacían falta. Estaban allí desde luego el párroco y su primer vicario, dos religiosas, tres hombres (dos paisanos y un señorete), miembros de la reducida conferencia local, y el señorete, además teniente alcalde; sin contar con que tenía también el honor de ser cuñado del médico municipal, volteriano rematado, cuyo indolente escepticismo debía resucitar en mí un lejano recuerdo de nuestro pobre doctor Olivier.

Había además tres ó cuatro señoras ancianas y unas lugareñas en traje del campo.

Todo esto daba á la ancha nave triste apariencia de abandono, y cuando entramos, la vista de aquel puñado de fieles agrupados ante la balaustrada del presbiterio nos causó una impresion dolorosa, tanto más cuanto que el viril estaba ya sobre el altar, radiante y circundado de luces.

Tampoco la iglesia, establecida, si mal no recuerdo, bajo la advocacion de San Mauricio, conservaba la venerable fisonomía que hubiera debido darla su mucha antigüedad, por haber sufrido numerosas y torpes restauraciones que la habían corcosido por todas partes sin consolidarla.

No quedaba en ella nada sano más que la capilla dedicada á Santa Genoveva, con sus dos candelabros en forma de copas de tejos y su multitud de *ex-votos* modelados en cera.

Estaba todo el mundo de pié para cantar el *Magnificat*. Nosotros nos colocamos detrás de los demás, y nos pusimos á cantar inmediatamente; Magdalena con su voz temblona y delgada como de niño, y yo con mi voz de bajo profundo, demasiado fuerte por lo visto, pues que ha habido muchos que me han acusado de producir escándalo en las iglesias de París.

Entre los numerosos Tartufas que te he señalado me he olvidado de un pobre hombre, más digno de compasion que de vituperio: el Tartufa cobarde que tiembla de provocar la cólera ó el sarcasmo de la impiedad, y que, no pudiendo hacer otra cosa mejor, se escandaliza.

Yo canto alto porque quiero que Dios me oiga y los hombres también.

Y tengo para mí que si todos los que cantan cantaran alto, muchos cobardes se curarían de su cobardía, porque la armonía gigante de ese himno que junto á ellos se elevara constantemente al cielo los circundaría de valor y encontrarían á Dios en todas partes, entre su propia timidez y la audacia de sus enemigos. Y cantarían á fuerza de oír cantar.

Y desde el momento en que el alma canta, ya no escucha ni las amenazas del mundo ni la murmuración de su propia cobardía.

En la iglesia de Nanterre nadie se escandalizó de mí. La escasa grey de fieles continuó cantando á su manera, dejándome á mí cantar á la mía. Dos ó tres buenas señoras volvieron la cabeza á ver quién estaba allí, y se sonrieron al contemplar la hermosa carita del niño que dormía tranquilo como una imagen, envuelto en el chal de Magdalena.

Inmediatamente después de la bendición del Santísimo Sacramento, y mientras se entonaba el *Laudate*, me fui yo á buscar al vicario, que era el venerable anciano que oficiaba.

No puedo ocultar que noté un sí es ó no es de desconfianza en la mirada que el vicario se dignó dirigirme. Mi voz de bajo profundo le había extrañado é inquietado: él mismo me confesó después, que al verme tan flaco, tan largo de piernas y tan

mal vestido, había estado á punto de tomar el torrente de mi salmodia por una «provocación».

Lo cual es muy natural, y bien lejos estoy de argüir por ello á nuestro vicario. Hay tantos que tienen su bandera guardada en el bolsillo, arrugada como el pañuelo, que los que la enseñan están naturalmente sujetos á observación; y quizá no está lejos el día en que la sabiduría de las naciones publique el resumen definitivo de las prudencias humanas concebido en estos ó parecidos términos: «Desconfiad de la franqueza.»

El vicario me hizo entender con un signo, que me escuchaba, y mi primera palabra no fué quizá de lo más apropiado para calmar la inquietud que mi talante le había hecho concebir.

—Señor cura—le dije,—no deje usted por Dios salir á nadie. De cualquiera de las almas buenas que están aquí, puede ser que necesitemos.

—¿Para qué?—me preguntó.

Y yo le respondí:

—Para una de esas obras de caridad que no dan espera, y que es preciso llevar á cabo á toda costa inmediatamente.

